

EL CAMINO DE NUESTRA SEÑORA

Conocer, amar y servir a María

Antonio González Paz



Diseño de cubierta: Estudio SM

Fotografías: Archivo SM; Scala; Archivo Marianista; He Qi Arts, LLC (He Qi); Somerset Fine Art; Museo Lázaro Galdiano, Madrid; Bradi Barth; Museo Del Prado; AGE Fotostock; Album

- © 2016, Antonio González Paz
- © 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRESENTACIÓN

En la circular conjunta publicada por sor M^a Franca Zonta, superiora general de las Hijas de María Inmaculada, y el padre Manuel Cortés, superior general de la Compañía de María, convocando un año jubilar con motivo del bicentenario de la fundación de la vida religiosa en el seno de la familia marianista, proponían como objetivo de esta celebración profundizar en el sentido y misión que nuestros fundadores quisieron darle a la vida consagrada en el conjunto de sus fundaciones.

Convencidos de que nuestro futuro depende de la fidelidad al carisma que Adela y Guillermo José nos transmitieron con sus vidas, nos han propuesto como lema para este año jubilar tres verbos: conocer, amar y servir:

Conocer, amar y servir: tres verbos muy presentes en los textos de nuestra tradición carismática; tres verbos que abarcan la totalidad de la persona en la vida espiritual; tres verbos inseparables, encadenados entre sí, en una relación circular: conocer para amar, amar para servir, amar y servir para conocer...; tres verbos que dinamizan toda nuestra vida y misión: conocer, amar y servir a Cristo; conocer, amar y servir a María; conocer, amar y servir a nuestro carisma (*La celebración del bicentenario de nuestras fundaciones 2*).

El camino de nuestra Señora, que lleva como subtítulo *Conocer, amar y servir a María*, pretende ser una pequeña aportación que ayude a con-
jugar los tres verbos en todos los modos, tiempos, voces y personas, y
así renovar la pasión por seguir viviendo la vocación marianista con
profundidad, entrega y alegría.

El libro que estás empezando a leer tiene dos partes diferenciadas.
En la primera, «El camino de María», aborda el proceso de fe de nues-
tra Señora y termina con algo tan propio de la espiritualidad maria-
nista como la alianza con María. En la segunda, «Etapas de una pere-
grinación», ofrece unas pautas para la reflexión, oración y puesta en
común de los textos marianos del Nuevo Testamento. El epílogo, «Un
cántico para el final del camino», es una relectura del *Magnificat* al
terminar la peregrinación.

ANTONIO GONZÁLEZ PAZ

PRIMERA PARTE

EL CAMINO DE MARÍA

MARÍA EN CASA DE JUAN



EL CAMINO DE MARÍA

El camino de María empezó en Nazaret, cuando era muy joven, casi una niña. Desde el día de la Anunciación, en el que, como Abrahán –la roca de la que había sido tallada–, escuchó la invitación a dejarlo todo e iniciar su peregrinación, se esforzó en estar pendiente del dedo de Dios para descubrir el lugar hacia el que el Señor la invitaba a dirigirse. No tuvo morada fija. Caminó de baluarte en baluarte con la esperanza de ver cara a cara a aquel que le esperaba en Sión. Con esa confianza hizo su proceso, comprobando que, cuando tuvo que atravesar áridos valles, se convertían en oasis, como si la lluvia temprana los cubriera de bendiciones. El Señor fue para ella sol que la iluminaba y escudo que la cubría, amparaba y defendía, dándole su fuerza y su gracia para seguir caminando (Sal 82). Cuando se le ofrecía la oportunidad de tener un respiro, la Virgen de Nazaret aprovechaba para poner nombre a lo que iba viviendo. Gracias a ellos tomó conciencia de que, sin dejar de ser la madre de Jesús, se iba convirtiendo progresivamente en una seguidora de su Hijo.

El último oasis en el que María vivió, antes de entrar en el descanso de Dios, fue la casa de Juan. Allí se instaló –«desde aquel momento, el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,27)– y cumplió las últimas palabras que le dirigió su Hijo –«Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26)–, comportándose con el discípulo amado como una verdadera madre.

La Virgen de Nazaret llegó a casa de Juan ya madura, cuando, después de perder a su esposo y a su Hijo, se había quedado sola y desamparada. La estancia junto al discípulo amado le permitió vivir en su compañía la última etapa de su peregrinación.

LA PLASMACIÓN DE OTEIZA

Los artistas cristianos, que se han inspirado con frecuencia para sus creaciones en la vida de la Virgen, no se han atrevido casi nunca a representar la estancia de María en casa de Juan. Hay como una tácita conspiración de silencio entre todos ellos para no violar esa intimidad. Recientemente, Antonio Oteiza ha osado desvelar el misterio en una de las cerámicas del retablo de la capilla de los religiosos marianistas de Valencia.

La casa de Juan, tal como la ha recreado Oteiza, es muy sugerente: Una casita baja, como la de los pobres de Palestina, que habla de encarnación entre los pequeños, de sencillez, de discreción. Una casita baja, pero suficientemente amplia, dispuesta para congregarse, comunicarse, crear comunidad e Iglesia. Una casita baja con ventanas discretas, altas y abiertas, que aseguran la intimidad y evitan miradas indiscretas, sin impedir que lleguen a su interior los ruidos de la calle y de la vida. Una casita de puerta pequeña, que exige abajarse, inclinar la cabeza ante el misterio que se desarrolla en su interior.

La comunidad que se puede reunir en casa de Juan, según la interpretación de Oteiza, recoge el modelo de Iglesia tal como la concibió el Concilio y hacia la que nos orienta el papa Francisco: una Iglesia que huye del lujo y el poder, viviendo entre y como los pobres, encarnada en su medio, hospitalaria, acogedora, alimentada por una profunda vida interior, abierta a los hombres de nuestro tiempo. En su seno nacerán y se formarán un nuevo tipo de cristianos capaces de sintonizar con las inquietudes de nuestra época. La casa de Juan, tal como la ha plasmado el artista donostiarra, evoca el seno maternal de María. En él se irán gestando y madurando los nuevos apóstoles de la Iglesia.

Oteiza ha representado a Juan en el exterior de su casa. Sus brazos extendidos señalan la puerta con un gesto de acogedora hospitalidad. Su cabeza, inclinada ante la figura de María, es un signo de respe-

to y veneración. Podría estar diciendo: «¿Cómo es que viene a visitarme la madre de mi Señor?» (Lc 1,43).

María avanza desde la izquierda hacia la casa de Juan. Hace años que se ha definido como «la humilde esclava del Señor» (Lc 1,48). Sus ojos buscan desde entonces sus manos para interpretar cualquier deseo y cumplir su voluntad (Sal 123,2). Desde que, al pie de la cruz, ha oído a Jesús decirle: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,27), solo desea fijar su morada junto al discípulo amado. Parece que esta casa será la definitiva, pero no está muy segura. Desde que, como Abrahán, se puso en camino no ha tenido vivienda fija. Ha conocido ya tantas casas: Nazaret, Ain Karim, Belén, Egipto... ¿Será esta la última?

La Virgen de Nazaret llega cansada a casa de Juan. Desde el día en que partió sin conocer cuál era su destino ha habitado muchas viviendas provisionales, viviendo como extranjera en la tierra que Dios le prometió, con la esperanza de hallar una morada de sólidos cimientos (Heb 11,8-10). Cree que esta vez, por fin, ha encontrado la definitiva en casa de Juan.

María, tras la acogida entrañable del discípulo amado, tendrá que acostumbrarse a vivir con un hijo que no ha engendrado, pero al que ha dado a luz en el Calvario. Pasito a pasito lo irá educando en la escuela de Jesús. En Juan, y en todo aquel que se sienta llamado a seguir al Caminante, irá plasmando, respetando el ritmo y la sensibilidad de cada uno, la forma de pensar, amar y actuar de su Primogénito.

En casa de Juan, María descubrirá su vocación de educadora de una Iglesia de la que se sabe Madre. Poco a poco y pacientemente irá transmitiendo a los discípulos de su Hijo su propia experiencia de seguidora del Caminante.

MARÍA AYUDA A PONERSE EN CAMINO

María en casa de Juan recuerda... ¡Hace ya tantos años que se puso en camino!... Algo más de treinta... Parece que fue ayer... ¡cómo pasa el tiempo!...

Entonces era muy joven, casi una adolescente. Una chica de pueblo, con poca cultura y cortos horizontes. Había empezado a salir con José. Hacía años que se conocían, se habían gustado desde siempre, pero dudaban de iniciar una relación más seria. Se sentía feliz de haber dado el paso y haberse comprometido con aquel hombre (Lc 1,26-38).

Y, precisamente entonces, Dios le había enviado un mensajero con una proposición. Como Abrahán, había sentido el desgarramiento interior de tener que dejar la casa paterna, la tierra en la que había crecido, el proyecto que ya tenía perfilado (Gn 12,1). Como el padre de los creyentes, no había recibido explicaciones del motivo de su elección, aunque, como de pasada, el ángel la llamara «la más favorecida de Dios» (Lc 1,28).

Como el patriarca, evidenciando la roca de la que había sido tallada (Is 51,2), se había puesto en camino –«Yo soy la esclava del Señor, que él haga conmigo como dices» (Lc 1,38)–, ofreciendo su seno virginal como una tierra buena y fértil donde germinara la semilla del Reino.

En su perplejidad (Lc 1,29), María no tiene miedo, porque está segura de que su Señor está con ella (Lc 1,28). Se fía y acepta que lo imposible se haga posible en su seno, asumiendo el riesgo de que el Libertador, el Hijo del Altísimo, el Rey eterno, el heredero de David, ponga su tienda en medio de su vida (Jn 1,14).

Y, después del anuncio, el ángel se fue y la dejó sola con un misterio que la sobrepasaba (Lc 1,38). Sabía que desde entonces tendría que estar muy pendiente del dedo de Dios para ponerse diligentemente en camino hacia la tierra que él le fuera mostrando.

En casa de Juan, María rememora el comienzo de su vocación.

Se da cuenta de que tendrá que enseñar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a decir sí a la invitación de Dios. No solo un sí inicial e impulsivo, sino el que habrá que ir ratificando, a menudo en situaciones oscuras, a lo largo de toda la vida. Como ella, deberá fiarse incondicionalmente de aquel que le invita a ponerse en camino, sin aclarar el motivo de la elección. Tendrá que creer que su Señor es capaz de hacer posible los contrarios, incluso de compaginar virginidad y maternidad.

MARÍA ENSEÑA A CONVERTIR LA VOCACIÓN EN SERVICIO

María en casa de Juan, al que pacientemente ha empezado a educar en el seguimiento del Caminante, rememora su estancia en casa de otro Juan. En esa etapa de su peregrinación descubrió que toda vocación es un humilde servicio.

Había sido cubierta por la sombra del Altísimo. Sabía que una vida incipiente empezaba a gestarse en su seno, pero no podía quedarse ensimismada en esa experiencia. El ángel le había comunicado que su pariente, la anciana Isabel, esperaba un niño (Lc 1,36). Su presencia allí era importante. Sin dudarle, sin esperar a encontrar el momento propicio para contarle a José su embarazo, se pone diligentemente (desde la etimología: amorosamente) en camino. Se dirige, con pies ligeros, hacia Ain Karim, donde su vocación se hará servicio.

La Madre del Caminante hace camino. Deja a sus espaldas una tierra, una parentela, unos muertos, un prometido, una seguridad, porque el Altísimo le ha mostrado un terreno nuevo que ha de regar con el sudor de la frente.

Santa María del Camino avanza por senderos polvorientos saboreando su maternidad recién estrenada. Se da cuenta de que el Señor ha puesto sus ojos en su humilde esclava (Lc 1,48), que el Todopoderoso ha hecho en ella maravillas (Lc 1,49), que la misericordia del

Señor sigue llegando a sus fieles de generación en generación (Lc 1,54)... Y, mientras camina hacia Ain Karim con el corazón lleno de alegría (Lc 1,46), canta su gozo nuevo esperando poder compartir con Isabel un secreto aún a nadie desvelado.

El encuentro gozoso con Isabel confirma a María en su maternidad: ¡Dios te ha bendecido más que a ninguna otra mujer y ha bendecido al hijo que está en tu vientre! ¿Cómo es que la Madre de mi Señor viene a visitarme? (Lc 1,41). La Virgen de Nazaret se hace consciente de que es el arca de la nueva Alianza que encierra en su seno a un Salvador que hace bailar de alegría –como en su momento al rey David (2 Sam 6,14)– a todo el que es capaz de columbrar su presencia tras los velos de la carne.

El encuentro con Isabel confirma a María en su vocación y a la vez la desgarrar por dentro. Intuye por primera vez que lo importante no es ser la madre de su Hijo, sino estar feliz por haber creído (Lc 1,45). No lo entiende muy bien, pero le da vueltas en su interior, guardando las palabras en el corazón (Lc 2,51). Tiempo habrá de comprender estas cosas...

Y tras el encuentro, el servicio: María se quedó unos tres meses con Isabel (Lc 1,56). No se le caen los anillos por ser la Madre de Dios: La humilde esclava del Señor se hace servidora de los hombres. Así es el seguimiento del Caminante...

María en casa de Juan rememora aquellos tres meses en los que experimentó que sirviendo a los demás se sirve al mismo Dios (Mt 25,40). Durante aquel tiempo había traducido su vocación en un humilde servicio.

En la intimidad de lo que ya empieza a vivir como su propio hogar, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a comprender que ser discípulo de Jesús es entrar por la puerta del servicio, es decir, quitarse el manto, ceñirse el delantal, coger la palangana y ponerse a lavar los pies a los demás. Es la forma de manifestar que se es un

humilde servidor en el que el Poderoso ha posado su mirada y que se siente feliz por haber sido llamado a desempeñar ese ministerio.

MARÍA ENSEÑA A DESCUBRIR LA FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD

María en casa de Juan, al que pacientemente ha empezado a educar en el seguimiento del Caminante, rememora el camino de Nazaret a Belén. En esa etapa de su peregrinación descubrió la fecundidad de la virginidad.

Un decreto de un emperador lejano la había puesto de nuevo en camino cuando su avanzado estado de gestación aconsejaba más bien un cierto reposo. Ahora, muchos años más tarde, comprende el sentido de la profecía tantas veces escuchada en la sinagoga: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos...» (Miq 5,1). En esta etapa de su peregrinación, María descubrirá que el Señor dirige la historia y que muchas veces los hombres, como el mismo Augusto, colaboran inconscientemente en el plan de Dios.

La madre del Caminante marcha hacia Belén. Nota en su vientre los pies inquietos de su Hijo, que parecen querer echar a andar. Al llegar al pueblo recibe del posadero la negativa a alojarla en su casa. Intuye que el niño que espera no tendrá donde recostar la cabeza (Lc 9,58), aunque eso no se le niegue ni a los pájaros ni a las zorras.

María, en casa de Juan, pasa por alto los dolores de parto, el frío de la cuadra, la visita de los pastores; solo recuerda que si «nadie puede amar una cosa a menos que pueda rodearla con sus brazos» (Fulton Sheen). Ella había tenido el privilegio de estrechar al que, antes de acariciarlo con su mirada, ya amaba entrañablemente. Y en la precariedad de su nueva morada evoca el gozo de poder escuchar junto al suyo el latido del corazón de su hijo. Quizá pudo decir: «Este Dios es mi hijo. Esta carne divina es mi carne. Ha sido hecha por mí: tiene mis

ojos y el trazo de su boca es como la mía; se me parece. ¡Es Dios y se me parece!» (J.-P. Sartre).

Ahora, muchos años más tarde, en casa de Juan, comprende que lo importante no es que su Hijo se le parezca, sino que ella se parezca a Jesús.

En la intimidad de la que ya empieza a sentir como su propia casa, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a ir adquiriendo los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5). Después de haber acogido cordialmente la invitación: «Sígueme, ponte detrás de mí» (Lc 5,27), el aspirante al seguimiento deberá ir progresivamente adquiriendo la misma forma de pensar, amar y actuar de aquel que con su llamada «le sacó de las tinieblas y le llevó a su luz admirable» (Col 1,13). María se da cuenta de que esta transformación llevará su tiempo, pero está convencida de que algún día podrá decirles: «Hijitos míos, a los que doy a luz de nuevo, hasta que adquiráis la figura de Cristo» (Gál 4,19).

MARÍA PREPARA PARA COMPARTIR EL DESTINO DE SU HIJO

María, en casa de Juan, evoca sus subidas a Jerusalén. Todas le traen dolorosos recuerdos: la presentación, la pérdida del niño y, sobre todo, la última, que la ha dejado desmadejada y maltrecha: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la clueca reúne a sus polluelos!» (Mt 23,37)...

En el primer viaje, la Madre del Caminante había subido a Jerusalén a presentar a Dios a su Hijo primogénito. Llevaba, para pagar el rescate, un par de tórtolas, su presupuesto no daba para corderos, pero tenía la corazonada de que las aves no iban a servir para nada. Ahora, muchos años más tarde, se da cuenta de que su intuición femenina

había sido acertada: decididamente, Yahvé se había quedado para siempre con su Hijo.

Había sido Simeón, el centinela del Templo, el de los ojos grandes y mirar profundo, el que no miraba hacia atrás con nostalgia, sino hacia adelante con esperanza (Nm 24,3-4), el que la alertó sobre el futuro de su bebé: «Este niño va a ser causa en Israel de que muchos caigan y otros muchos se levanten. Es un signo de contradicción puesto para descubrir los más íntimos pensamientos de mucha gente» (Lc 2,34-35), aunque era la luz que se manifiesta a las naciones y la gloria del pueblo de Israel (Lc 2,32).

María, en la intimidad de la casa de Juan, recuerda que aquellas palabras habían sido como una espada que le atravesó el corazón (Lc 2,35). Ahora, relejendo los recientes acontecimientos, se da cuenta de que su Hijo había sido como una bandera discutida, como un signo de contradicción levantado en el corazón de Jerusalén.

El segundo viaje a la Ciudad Santa también le había dejado un regusto amargo: no solo había perdido a un hijo, sino que había tomado conciencia de que ya no le pertenecía (Lc 2,49). Decididamente se podía haber ahorrado comprar el par de tórtolas...

El tercer viaje está tan reciente que María prefiere no recordarlo. Ya habrá tiempo de darle vueltas en el corazón...

En la soledad habitada de la casa de Juan, María se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a tomar conciencia de que la contradicción, la incomprensión, las dificultades e incluso la persecución son inherentes al seguimiento del Nazareno. Seguimiento que, inevitablemente, supone compartir su destino, es decir, llevar su cruz (Mc 8,34), beber su cáliz (Mc 10,38-39) y, finalmente, compartir su Reino (Jn 14,3).

MARÍA FORMA A LOS PREGONEROS DE LA BUENA NOTICIA

María, en casa de Juan, evoca su viaje de Nazaret a Caná. Lo recuerda con alegría: iba a compartir el gozo esponsal de una pareja. Además contaba con la posibilidad de reencontrarse con su Hijo, que hacía algún tiempo que se había marchado de casa. Recuerda que ella, tan discreta, se había quedado en segundo plano. Había contemplado desde lejos, con un sano orgullo, a su Hijo comiendo y bebiendo con sus amigos y participando alegremente en la fiesta.

Solo se había acercado a Jesús cuando, intuyendo el riesgo de que se acabara la fiesta, había solicitado su intervención. La respuesta de su Hijo la había dejado desconcertada –«¡Mujer! No te metas en mis cosas» (Jn 2,4)–, pero no se había amilanado. Se había limitado a decir a los sirvientes: «Lo que él os diga, hacedlo» (Jn 2,5).

Mientras volvía a Cafarnaún –ahora, en casa de Juan, lo recuerda con alegría– se había dado cuenta de que «sus discípulos creyeron en él» (Jn 2,11) al ver la manifestación de su gloria. Ella también.

María, mientras trastea de un lado a otro por la casa, se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a estar siempre alerta para hacer lo que él le diga y a ponerse diligentemente a llenar hasta el borde tinajas de agua. Empieza a sentirse reina de los apóstoles, deseosa de transmitir a los seguidores del Nazareno su pasión por el advenimiento del Reino.

MARÍA AYUDA A RECONOCERSE COMO HIJO Y MADRE DE LA IGLESIA

María, en casa de Juan, recuerda el día en que su camino se cruzó con el de Jesús. Ella iba con sus parientes buscándole por las cercanías de Cafarnaún. Se lo había encontrado sentado en círculo con los suyos. Se había sentido extraña y no se había atrevido a interrumpirle. Simplemente se había limitado a mandar un mensajero para infor-

marle de su presencia (Mc 3,31-35).

En aquella etapa de su peregrinación, gracias a la respuesta de su Hijo, María había comprendido que lo verdaderamente importante no era haberle dado a luz, sino seguirle, cumpliendo así la voluntad del Padre. Ahora recuerda el gozo experimentado al sentarse en el círculo de su Hijo, sintiéndose hermana y madre de su propio Hijo. Verdaderamente aquel gesto, aparentemente trivial, había sido muy importante. Ya no era una extraña en el grupo, sino una más en la Iglesia. Por eso, en adelante, la bendecirán todas las generaciones (Lc 1,48).

María, en casa de Juan, toma conciencia de que no solo es hija de la Iglesia, sino que, desde aquella hora del Calvario, había empezado a ser su Madre. Sonríe feliz. Ha sido un parto doloroso, pero ha valido la pena. En ella se había cumplido aquello de que «cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia, porque le ha llegado la hora; pero cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y es enteramente feliz por haber traído un niño al mundo» (Jn 16,21).

María, mientras ve alborear el nuevo día en casa del discípulo amado, se da cuenta de que tendrá que ayudar a Juan –y en él a todo el que se sienta llamado a seguir al Caminante– a ser hijo y madre de la Iglesia. Siendo consciente de que, gracias a la mediación de la comunidad, ha podido conocer a Jesús y escuchar la llamada a seguirle, se sentirá impulsado a gastar con gozo sus fuerzas en engendrar a otros a esa vida nueva. Se sentirá madre, sin dejar de ser hijo, de una Iglesia convocada y reunida por el Señor.

María, en casa de Juan, espera, sin angustia ni inquietud, la vuelta de su Hijo. Sabe que un día retornará y la llevará consigo a la casa del Padre, donde le habrá preparado un lugar (Jn 14,1-2). Mientras espera el momento de estar siempre con él sigue dándole vueltas a todo en el corazón y custodiando con amor de madre a los discípulos de su Hijo...

Para compartir en comunidad

- Comenta lo que te haya parecido más sugerente de este capítulo.
- Contempla la cerámica de Oteiza, *María en casa de Juan*. ¿Qué te sugiere? ¿Es tu comunidad cristiana como la casa de Juan?
- Contrasta tu camino de fe con el de María.

ORACIÓN A NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO

Virgen del Camino, Madre de Jesús y Madre nuestra:

- Tú, que dijiste sí al Señor y te pusiste diligentemente en camino para visitar a tu prima Isabel, enséñanos la alegría de servir a nuestros hermanos.
- Tú, que en compañía de José hiciste el camino de Nazaret a Belén para dar a luz en la humildad de un pesebre, enséñanos a valorar y defender la vida desde su concepción.
- Tú, que conociste el camino del exilio, protege a tantos desterrados en su propia tierra y a los que han de emigrar a otras extrañas para buscar el pan de los suyos.
- Tú, que en el camino de Jerusalén a Nazaret perdiste a tu hijo, acompáñanos cuando perdamos de vista a Jesús y ayúdanos a buscarle hasta encontrarle.
- Tú, que hiciste el camino hasta Caná para participar en una boda, enseña a los matrimonios cristianos a construir un hogar donde nunca falte la alegría de la fiesta.
- Tú, que seguiste a Cristo en el camino de la cruz, sostén con tu amor de madre a todos los que sufren y enséñanos a compartir las penas y alegrías, los gozos y sufri-

mientos de nuestros hermanos.

- Tú, que acompañaste en la oración a la Iglesia en la espera del Espíritu, sé nuestra fuerza en el camino de la vida y enséñanos a recorrerlo con entusiasmo.

Santa Madre de Dios, ruega por nosotros, caminantes, peregrinos. Amén.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
--------------------	---

PRIMERA PARTE: EL CAMINO DE MARÍA

1. MARÍA EN CASA DE JUAN	9
El camino de María.....	10
La plasmación de Oteiza.....	11
María ayuda a ponerse en camino	13
María enseña a convertir la vocación en servicio	14
María enseña a descubrir la fecundidad de la virginidad.....	16
María prepara para compartir el destino de su Hijo.....	17
María forma a los pregoneros de la buena noticia.....	19
María ayuda a reconocerse como hijo y madre de la Iglesia ..	19
Oración a Nuestra Señora del Camino	21
2. LA MIRADA DE JUAN.....	23
La plasmación de Oteiza.....	24
María, imagen y primicia de la Iglesia.....	25
María, Madre de misericordia	28
Una Virgen hecha acogida	29
Una Virgen hecha oración	30
Una Virgen hecha Madre.....	31
Una Virgen hecha don	32

Conclusión.....	33
Oración a Juan, el discípulo amado	34
3. CAMINAR EN ALIANZA CON MARÍA	35
La categoría bíblica de alianza	36
La alianza con María	39
La plasmación de Oteiza.....	43
Viviendo en alianza con María.....	45
Conocer a María	46
Amar a María	46
Servir a María.....	47
Conclusión.....	48
Oración para renovar la alianza con María.....	49

SEGUNDA PARTE:
ETAPAS DE UNA PEREGRINACIÓN

4. UN CAMINO PASO A PASO.....	53
Guía para caminantes.....	53
Estructura de los próximos capítulos.....	53
Para contemplar a María en el arte.....	54
Para conocer a María	54
Para compartir en comunidad	54
Para rezar con María.....	55
Plegaria a santa María	56
5. NAZARET: KILÓMETRO CERO	57
6. DE NAZARET A AIN KARIM.....	71
7. DE AIN KARIM A NAZARET	85

8. DE NAZARET A BELÉN.....	97
9. EN BELÉN CON LOS PASTORES.....	111
10. DE BELÉN A JERUSALÉN	123
11. DE JERUSALÉN A BELÉN	135
12. DE BELÉN A EGIPTO	147
13. DE EGIPTO A NAZARET	161
14. DE NAZARET A JERUSALÉN.....	171
15. DE JERUSALÉN A NAZARET	183
16. DE NAZARET A CANÁ	195
17. DE NAZARET A CAFARNAÚN.....	207
18. EN LOS ALREDEDORES DE BETANIA	221
19. DE NAZARET A JERUSALÉN	233
20. DEL CALVARIO AL CENÁCULO	245
21. DE ESTA TIERRA A LA PATRIA DEFINITIVA.....	259
EPÍLOGO. CÁNTICO PARA EL FINAL DEL CAMINO.....	273
Al final del camino	273
La humildad de una esclava.....	274
La mirada de Dios.....	276

Todos me llamarán feliz	277
Su nombre es santo.....	278
Su nombre es «Misericordia».....	279
Destruye los planes de los soberbios	279
Encumbra a los humildes	280
Conforme a la promesa de valor eterno.....	281
ILUSTRACIONES	283

ÚLTIMOS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

48. ESPERANZA, MISERICORDIA, FIDELIDAD, *Juan María Uriarte*
49. EL PADRENUESTRO, *Bernhard Häring*
50. AMOR, ¿TÚ QUIÉN ERES?, *Manuel Iceta*
51. «HERIDA Y ANCHÍSIMA SOLEDAD», *Ángel Moreno, de Buenafuente*
52. OJOS CERRADOS, OJOS ABIERTOS, *Carlos G. Vallés*
53. VIRGEN DE SANTA ALEGRÍA, *Carlos G. Vallés*
54. PROYECTO DE UNA VIDA LOGRADA, *Bernhard Häring*
55. PARÁBOLAS, *Megan Mckenna*
56. «SIN CONTAR MUJERES Y NIÑOS», *Megan Mckenna*
57. EL PRESBITERO COMO COMUNICADOR, *Carlo Maria Martini*
58. VIVIR EN LA FRAGILIDAD, *Cardenal Danneels*
59. CRISTO, *Rabindranath Tagore*
60. PALABRAS EN SILENCIO, *Khalil Gibran*
61. EL CAMINO DE TIMOTEO, *Carlo Maria Martini*
62. EL AMOR DE PAREJA, *Mercedes Lozano*
63. ITINERARIO HACIA DIOS, *Ignacio Larrañaga*
64. EL SACRAMENTO DEL PAN, *Manuel Díaz Mateos*
65. LA VOZ INTERIOR DEL AMOR, *Henri J. M. Nouwen*
66. «¿PUEDES BEBER ESTE CÁLIZ?», *Henri J. M. Nouwen*
67. LA ORACIÓN. FRESCOR DE UNA FUENTE, *Madre Teresa / Hermano Roger*
68. HOMBRE AMABLE, DIOS ADORABLE, *Cardenal Danneels*
69. AMAR HASTA EL EXTREMO, *Jean Vanier*
70. LA CENA DEL SEÑOR, *Carlo Maria Martini*
71. LA VIDA EN CRISTO, *Raniero Cantalamessa*

72. FUERA DEL SENDERO TRILLADO, *Michel Hubaut*
73. LA ROSA Y EL FUEGO, *Ignacio Larrañaga*
74. ORACIONES DESDE LA ABADÍA, *Henri J. M. Nouwen*
75. LA ANUNCIACIÓN. CONVERSACIONES CON FRAY ANGÉLICO, *J. Ma Salaverri*
76. ORAR, TIEMPO DEL ESPÍRITU, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
77. UN MINISTERIO CREATIVO, *Henri J. M. Nouwen*
78. HIJOS Y HERMANOS EN TORNO A JESÚS, *Julio Parrilla*
79. ENCONTRARNOS A NOSOTROS MISMOS, *Carlo Maria Martini*
80. LAS COMUNIDADES SEGÚN EL EVANGELIO, *Madeleine Delbrêl*
81. LA CONTEMPLACIÓN DE DIOS, TAREA APOSTÓLICA, *Juan José Bartolomé*
82. MI DIARIO EN LA ABADÍA DE GENESEE, *Henri J. M. Nouwen*
83. CRISTO ENTRE NOSOTROS, *Cardenal Pironio*
84. LAS PREGUNTAS DE JESÚS, *Fernando Montes*
85. DICCIONARIO ESPIRITUAL, *Carlo Maria Martini*
86. ADAM, EL AMADO DE DIOS, *Henri J. M. Nouwen*
87. EL CANTO DEL ESPÍRITU, *Raniero Cantalamessa*
88. LA BUENA NOTICIA SEGÚN LUCAS, *Richard Rohr*
89. AL SERVICIO DEL EVANGELIO, *Cardenal Pironio*
90. ÁNGELES EN LA TIERRA, *Megan Mckenna*
91. LEER LOS EVANGELIOS CON LA IGLESIA, *Raymond E. Brown*
92. PARA VIVIR LA PALABRA, *Carlo Maria Martini*
93. ACOGER NUESTRA HUMANIDAD, *Jean Vanier*
94. NUESTRO MAYOR DON, *Henri J. M. Nouwen*
95. JOB Y EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO, *Richard Rohr*
96. PARÁBOLAS Y ENEAGRAMA, *Clarence Thomson*
97. LA AVENTURA DE LA SANTIDAD, *Hermano John de Taizé*
98. VIVIR LOS VALORES DEL EVANGELIO, *Carlo Maria Martini*
99. LE HABLARÉ AL CORAZÓN, *Manuel Díaz Mateos*

100. CAMBIAR DESDE EL CORAZÓN, ESCUCHAR AL ESPÍRITU, *Henri J. M. Nouwen*
101. HOMBRE Y MUJER LOS CREÓ, *Jean Vanier*
102. RETRATO DE TAIZÉ, *Chantal Joly / Hermano Roger*
103. LAS FUENTES DE TAIZÉ. AMOR DE TODO AMOR, *Hermano Roger*
104. EL TAMBOR DE LA VIDA. PARTITURAS DE RITMOS DEL ALMA, *Carlos G. Vallés*
105. EXTIENDE TU MANO, *Julio Parrilla*
106. LA FAMILIA, COMUNIDAD DE AMOR, *Atilano Aláiz*
107. GUSTAD Y VED QUÉ BUENO ES EL SEÑOR, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
108. ¿OCASIÓN O TENTACIÓN?, *Silvano Fausti*
109. DIARIO DEL ÚLTIMO AÑO DE VIDA DE HENRI NOUWEN, *Henri J. M. Nouwen*
110. PODEMOS VIVIR EN PLENITUD, *Clemente Kesselmeier*
111. «CUANDO ORÉIS, DECID...», *Carlo Maria Martini*
112. SENDEROS DE VIDA Y DEL ESPÍRITU, *Henri J. M. Nouwen*
113. SOBRE LA JUSTICIA, *Carlo Maria Martini*
114. DIOS SOLO PUEDE AMAR, *Hermano Roger*
115. LA ESCALA DE LAS BIENAVENTURANZAS, *Jim Forrest*
116. LA CENA EN EMAÚS, *Antonio González Paz*
117. EL PATITO FEO, *Emanuela Ghini*
118. EN EL DESEO Y LA SED DE DIOS, *José Miguel de Haro*
119. CUENTOS AL AMANECER, *Mamerto Menapace*
120. CUENTOS DESDE LA CRUZ DEL SUR, *Mamerto Menapace*
121. EL DIOS DE LOS IMPERFECTOS, *Teófilo Cabestrero*
122. ¡ES EL SEÑOR!, *José María Arnaiz*
123. RETABLO DE MAESE PEDRO, *Antonio González Paz*
124. EL CAMINO DE LAS ESCRITURAS. I. LÁMPARA PARA MIS PASOS, *Mamerto Menapace*

125. EL CAMINO DE LAS ESCRITURAS. II. LUZ EN MI SENDERO, *Mamerto Menapace*
126. DIOS TAMBIÉN REZA, *Ignacio Rueda*
127. EL RELOJ DE ARENA, *Santos Urías*
128. MIRYAM DE NAZARET, *Juan de Isasa*
129. RELATOS DESDE EL ORIENTE PACÍFICO, *Kiko Sagardoy*
130. SOY LO QUE HAGO, *Carlos F. Barberá*
131. VIVIR COMO UN NIÑO. MEDITACIONES SOBRE «EL PRINCIPI-
TO», *Antonio González Paz*
132. SOMBRAS VIVAS, *Tintxo Arriola*
133. LA LUZ DEL ALMA, *Ana María Schlüter*
134. INDIA ENSEÑA, *Carlos G. Vallés*
135. REVIVE EL DON RECIBIDO, *José Luis Pérez Álvarez*
136. EL CRISTO DE SAN DAMIÁN, *Francisco Contreras Molina*
137. VERBOS DE VIDA, *Francisco Álvarez*
138. LA BIBLIA DE LA EXPERIENCIA, *Alberto Iniesta*
139. FIARSE DE DIOS, REÍRSE DE UNO MISMO, *José María Díez-Alegría*
140. DIOS, ¿UN EXTRAÑO EN NUESTRA CASA?, *Xavier Quinzà Lleó*
141. DÍA A DÍA CON MONSEÑOR ROMERO
142. LOS CAMINOS DEL SILENCIO, *Michel Hubaut*
143. LA VIRGEN DEL PERPETUO SOCORRO, *Francisco Contreras Molina*
144. GRATUITO, *Patxi Loidi*
145. TODO A CIEN. DE LAS COSAS PEQUEÑAS, *Ignacio Rueda*
146. ¿PRESIENTES UNA FELICIDAD?, *Hermano Roger*
147. ORAR EN EL SILENCIO DEL CORAZÓN, *Hermano Roger*
148. ALEGRÍAS RECOBRADAS, *Carlos G. Vallés*
149. CREYENTE CRISTIANO, *Jean-Yves Calvez*
150. DAME, SEÑOR, TU MIRADA, *Nuria Calduch-Benages*
151. LA SONRISA EN LA MIRADA, *Santos Urías*
152. SACERDOTES, *Carlos Amigo Vallejo*

153. ORAR CON LOS MÍSTICOS, *Maximiliano Herráiz*
154. EL CANTO DE LOS MIRLOS, *Antonio García Rubio / Francisco J. Castro Miramontes*
155. EL ADIÓS DEL PAPA WOJTYLA, *Marco Politi*
156. EL SERMÓN DE LA MONTAÑA, *Carlo Maria Martini*
157. A LA SOMBRA DEL ÁRBOL, *Antonio García Rubio / Francisco J. Castro Miramontes*
158. SEMILLAS DE LUZ, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
159. SAN PABLO NOS HABLA HOY, *Raúl Berzosa / Jacinto Núñez Regodón*
160. ¿ES POSIBLE HABLAR DE DIOS?, *Jean-Pierre Jossua*
161. MARÍA, UNA MUJER JUDÍA, *Frédéric Manns*
162. EL SEÑOR RESUCITADO Y MARÍA MAGDALENA, *Francisco Contreras Molina*
163. VIVIR EN INVIERNO, *Jesús Garmilla*
164. EL CÁNCER ME HA DADO LA VIDA, *Francisco Contreras Molina*
165. HENRI NOUWEN. LAS CLAVES DE SU PENSAMIENTO
166. ESTA NOCHE EN CASA, *Henri J. M. Nouwen*
167. GENTE POR JESÚS, *Antonio García Rubio / Francisco J. Castro Miramontes*
168. CONFESIONES DE UN CURA RURAL, *Francisco Contreras Molina*
169. LA HENDIDURA DE LA ROCA, *Dolores Aleixandre*
170. «SALGAMOS A BUSCARLO FUERA DE LA CIUDAD», *Toni Catalá*
171. GRACIA Y GLORIA, *José Luis Pérez Álvarez*
172. VIVIR PARA AMAR, *Hermano Roger*
173. PLEGARIAS ATEAS, *Ignacio Rueda*
174. MEDITACIONES SOBRE LA ORACIÓN, *Carlo Maria Martini*
175. MIL PENSAMIENTOS PARA ILUMINAR LA VIDA, *José Luis Vázquez Borau*
176. LAS MUJERES DE LA BIBLIA, *Jacqueline Kelen*
177. ¡OJALÁ ESCUCHÉIS HOY SU VOZ!, *Juan Martín Velasco*

178. AMAR LO QUE SE CREE, *Antonio González Paz*
179. COMO EN UN ESPEJO, *Mercedes Lozano*
180. A LA ESCUCHA DE LA MADRE TERESA, *José Luis González-Balado / Janet Nora Playfoot Paige*
181. COMENTARIO A NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU Y SUBIDA AL MONTE CARMELO, DE SAN JUAN DE LA CRUZ, *Fernando Urbina*
182. ENCUENTROS CON JESÚS, *Carlo Maria Martini*
183. NO PODEMOS CALLAR, *Ángela C. Ionescu*
184. ESCOGER AL POBRE COMO SEÑOR, *Dominique Barthélemy*
185. EL BARRO DE LOS SUEÑOS, *Tintxo Arriola*
186. ¿CÓMO VOY A COMPRENDER, SI NADIE ME LO EXPLICA?, *Ángel Moreno, de Buenafuente*
187. ¿TÚ CREES?, *Raniero Cantalamessa*
188. BALBUCEOS DEL MISTERIO, *Sandra Hojman*
189. SENDEROS HACIA LA BELLEZA, *José Alegre*
190. ORACIONES DE INVIERNO, *Bittor Uraga*
191. JESÚS, MAESTRO DE MEDITACIÓN, *Franz Jalics*
192. BIENAVENTURADOS, *José Luis Pérez Álvarez*
193. EMIGRANTE: EL COLOR DE LA ESPERANZA, *Mons. Santiago Agrelo*
194. CAER Y LEVANTARSE, *Richard Rohr*
195. PEREGRINOS DE CONFIANZA, *Hermano Alois, de Taizé*
196. HACIA LA LUZ, *Carlo Maria Martini*